

EL FDR-FMLN ANTE LAS ELECCIONES DE 1984

Tomás R. Campos

Hay un documento del FDR-FMLN, hecho público en marzo de 1984, con el mismo título que encabeza este artículo, cuyo texto puede encontrar el interesado en la sección de documentación. En él se expresa la posición oficial del FDR-FMLN ante las elecciones de 1984 y, por tanto, ha de ser considerado como la pieza fundamental para el análisis de esa posición. Igualmente han de tenerse en cuenta los comportamientos reales del FDR y del FMLN, reflejados en las distintas campañas propagandísticas, en diferentes declaraciones de sus personeros y, sobre todo, en las acciones tomadas en el país durante las fechas próximas a los comicios. Estas perspectivas diferentes pueden dar la impresión de que no se da en el FDR-FMLN una posición unitaria consistente, pero es más razonable pensar que sí se da esa consistencia, la cual no es difícil de descubrir si se tiene en cuenta que se trata de una posición compleja y matizada no enmarcable en la formulación simplista de no interferencia con el proceso electoral.

El FDR-FMLN tenía que interferir con el proceso electoral, entre otras razones porque el proceso electoral iba a ser algo presente y efectivo en todo el territorio nacional, en la trama misma de la coyuntura salvadoreña; es decir, en el mismo campo donde se desenvuelve la actividad del FDR-FMLN. Pero es que, además, la experiencia de las elecciones de 1982 había demostrado que las elecciones pueden constituirse en una maniobra importante de cara a la opinión pública nacional e internacional así como de cara al Congreso de Estados Unidos, a través del cual pasa la posibilidad de guerra o de paz en El Sal-

vador, la posibilidad de una mayor intervención o de un acercamiento a la negociación. Dada la importancia del proceso electoral no parecía sensato repetir la torpe actuación del FMLN en las elecciones del 82, cuando no se consiguió obstaculizarlas seriamente y cuando, sin embargo, se perdió credibilidad tanto por la impotencia demostrada para impedir las como por el uso de una violencia irracional y arbitraria.

Había que evitar los errores del pasado, pero no era fácil. Por un lado, había que quitar importancia al evento electoral, pero, por otro lado, había al mismo tiempo que impedir que el proceso arrebatara la iniciativa tanto política como militar al FDR-FMLN. El primer aspecto del ambivalente propósito llevaba a preocuparse poco de las elecciones, mientras que el segundo aspecto llevaba a tomar medidas serias que mostrasen al mundo el poco valor del proceso electoral y el mucho mayor valor del proceso militar en la coyuntura actual. Desde esta perspectiva el esquema general parecía claro: continuar con la guerra "antes, en y después de las elecciones," ofrecer la alternativa renovada de un proceso negociador y dejar que las elecciones —juzgadas como irrelevantes— siguieran su curso. Pero en la práctica el esquema no podía quedarse en eso. El proceso electoral iba a ocupar más de cuatro meses de intensa actividad e iba a tener bastante incidencia en la conciencia política de cientos de miles de salvadoreños. Estos iban a pensar en consecuencia que lo importante eran las elecciones, los partidos políticos, los candidatos presidenciales y no los movimientos político-militares de izquierda con sus propuestas de solu-

ción que, además, iban a quedar desvirtuados por una propaganda masiva. No olvidemos que una gran parte de la propaganda se dirigía a mostrar la vinculación del PDC con la guerrilla, frente a lo cual el PDC también tenía que separarse de la guerrilla estando, por consiguiente, todos de acuerdo en denigrarla y en considerarla —de distinta forma y por distintas razones— como el máximo causante de los males que afligen a El Salvador.

El FDR-FMLN no pudo superar esta dificultad. Su planteamiento estructural no era válido para desviar la atención de la tensión coyuntural. Y tampoco tuvo paciencia para esperar que los muertos enterrasen a los muertos. Aparecía así el peligro de caer en la contradicción de dar efectivamente demasiada importancia a lo que teóricamente se había juzgado como carente de ella. Contradicción que no lo es si se mira el proceso y su propia reacción a la larga y en profundidad, pero que puede parecer como tal a la corta y en la superficie.

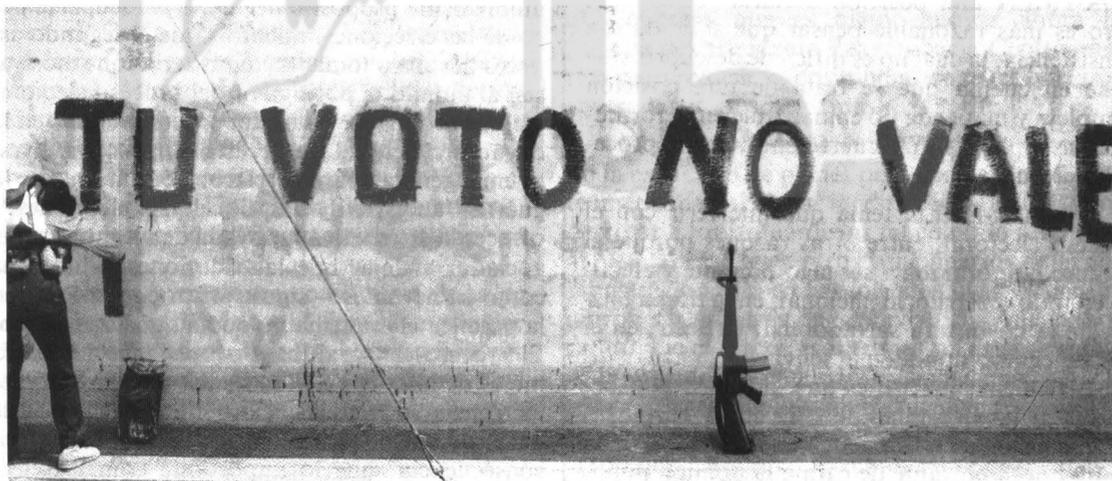
Estas observaciones preliminares deben ser matizadas y para ello nada mejor que analizar algunas de las posiciones teóricas y prácticas del FDR-FMLN ante el proceso electoral.

1. Las elecciones son parte del proyecto de Reagan para El Salvador

Según la perspectiva del FDR-FMLN las elecciones por múltiples razones, que enseguida expondremos, no son válidas para expresar la vo-

luntad del pueblo salvadoreño, pero son importantes para justificar y potenciar el proyecto de la administración Reagan para El Salvador. Este proyecto exige abundante ayuda económica sobre todo para acciones militares que traten de contener primero el avance del FMLN y reducirlo después, pero también para acciones de reforma y desarrollo que supuestamente quiten base social a los movimientos guerrilleros. Esa ayuda económica se conseguirá más fácilmente si El Salvador cambia su rostro anti-democrático por otro más aceptable a la opinión pública norteamericana. Se tratará tan sólo de un cambio de rostro —cambio cosmético lo han llamado dirigentes del FDR—, pero que sería suficiente. Un gobierno democrático nacido de las urnas merecería todo apoyo contra una guerrilla sin legitimidad que no se atreve a cambiar las armas por los votos. Si este gobierno tuviera, además, la aceptación internacional al no ser de extrema derecha y al prometer romper toda vinculación con los escuadrones de la muerte y con las presiones de la oligarquía, no sólo merecería ser ayudado, sino estará en condición de pedir una mayor ayuda militar en salvaguarda precisamente de la democracia.

El FDR-FMLN conocía bien las presiones de la administración Reagan para que se tuvieran elecciones y se tuvieran cuanto antes. Reagan las había pedido para 1983 y así se las ofreció el presidente Magaña a Juan Pablo II con ocasión de la visita del Papa a San Salvador el 6 de marzo de ese año. Reagan necesitaba, además, presentar



El FDR-FMLN tenía que interferir con el proceso electoral porque éste iba a ser algo presente y efectivo en todo el territorio nacional.

algún logro en El Salvador para favorecer su propia campaña presidencial. A este último punto alude el FDR-FMLN cuando dice: la realización de las elecciones "está en función de las necesidades reeleccionarias del presidente Reagan. Es la Administración norteamericana quien las ha impuesto, aun en contra de las objeciones que el alto mando del ejército salvadoreño planteó a su celebración."

El carácter subsidiario de las elecciones quedó disimulado por la fanfarria electoral. La administración Reagan sabía que no corría mayor peligro, fueren cuales fueren los resultados de las elecciones. Era imposible que se presentara la oposición y esto permitía invitarla a participar, sabiendo que no lo haría. El único peligro relativo estaba en que triunfara ARENA que no se acomoda del todo a los intereses norteamericanos, pero se contaba con el 40 por ciento de votos que sacó el PDC en 1982. Y tanto el PCN como el PDC se acomodarían de lleno a la política norteamericana: fuerte aumento en los niveles de guerra y desarrollo reformista que pudieran ir minando la potencialidad del FMLN. Incluso un triunfo de ARENA no resultaba inaceptable porque seguiría posibilitando lo fundamental del plan: aumento de ayuda militar tanto como sea necesario para terminar con la guerrilla.

Pero, a pesar de que este era el fondo de la cuestión electoral para el FDR-FMLN, no hay duda de que las elecciones tenían su propia dinámica. Llevaron más de un millón de votantes a las urnas, tuvieron en vilo al país durante meses, recibieron el beneplácito internacional. Las apariencias estuvieron durante esos meses contra el FDR-FMLN y esto obligaba a desautorizarlas.

2. El rechazo de la validez de las elecciones

Las elecciones de marzo de 1984 no sólo han sido impuestas desde fuera, sino que carecen de validez para expresar la voluntad del pueblo. En este sentido la declaración del FDR-FMLN insistió en algunos puntos técnicos bien precisos y las radios rebeldes hablaron de farsa y de fraude.

Los argumentos que hacen irregulares y, en el fondo, inválidas estas elecciones son los siguientes: a) El Salvador vive en estado de guerra; b) no son posibles elecciones nacionales en un país cuya quinta parte se encuentra bajo control directo del FMLN y del que han tenido que salir al extranjero no menos de 800,000 ciudadanos; c) no hay libertad de expresión y de organización

debido a los escuadrones de la muerte, a la represión generalizada, al terror tras 40,000 asesinatos, al estado de sitio y a la desinformación de los medios de comunicación; d) sólo se puede elegir desde el centro derecha hasta la extrema derecha; e) el voto mismo no es libre por el temor a la abstención, porque no es secreto; f) hay posibilidad de fraude por las deficiencias del registro electoral.

El FMLN insistió, además, sobre todo en la segunda ronda, en que la decisión ya estaba tomada por el alto mando y por Estados Unidos sobre quién iba a ser el triunfador. Sería Duarte. La argumentación no será convincente, pero las radios rebeldes la repitieron incesantemente. El voto de los salvadoreños no serviría de nada, porque la decisión ya estaba tomada. Evidentemente no lo pensaron así los votantes ni menos los partidos políticos en liza, que lucharon hasta el final por conseguir la mayor cantidad de votos posible. La propaganda guerrillera se sirvió de todo tipo de argumentos: se aprovechó de los periódicos norteamericanos para asegurar que la CIA había apoyado la campaña de Duarte; se aprovechó de la carta del congresista Jesse Helms acusando al embajador Pickering de favorecer al PDC contra ARENA; se aprovechó de las propias acusaciones mutuas de los dos partidos finalistas.

La propia propaganda de ARENA y del PDC fue utilizada para mostrar la poca seriedad del evento electoral. Ninguno de los dos partidos ofrecía una solución seria al problema de El Salvador y ambos se dedicaban a desprestigiar al adversario más que a proponer soluciones serias. La conclusión debía ser no votar, no dar el voto ni al loco (acusación de D'Aubuisson a Duarte) ni al asesino (acusación del PDC a D'Aubuisson).

Pero el problema está en que ninguno de estos razonamientos llegó a la población y si le llegó no la convenció lo suficiente para no ir a votar ni siquiera para votar negativamente anulando su voto. El FDR-FMLN no acaba de ver lo poco que llega su propaganda al pueblo salvadoreño y lo lejos que está este pueblo en una apreciable cantidad, próxima al millón y medio, de las posiciones imaginadas y/o deformadas del movimiento guerrillero.

No es que sus objeciones contra el proceso electoral dejen de ser razonables objetivamente. Es que esa razonabilidad no llegó al electorado.



Cuando Ungo insiste en que es imposible hacerse presente en la arena electoral porque ni siquiera se permite la presencia limitada de una representación del FDR-FMLN en territorio salvadoreño para iniciar alguna forma de diálogo, presenta un dato irrefutable. Pero ese dato circuló sólo por la prensa extranjera de modo que su peso no se sintió dentro del país. Y las razones que no pesan dejan de ser operantes.

3. Las elecciones no son solución al problema salvadoreño

El comandante guerrillero Joaquín Villalobos dijo con gran penetración a raíz de la primera ronda: "quien quiera analizar las elecciones en nuestro proceso, que saque las conclusiones dentro de unos meses y no el veinticinco de marzo en la noche." También en las elecciones del 82 se echaron las campanas al vuelo y, sin embargo, aquellas elecciones no trajeron ninguna respuesta válida a los problemas reales de El Salvador. Se cumplió un requisito, se logró una gran propaganda internacional, se alentó un cierto despertar de la actividad política, pero nada de fondo cambió, ni siquiera empezó a cambiar. Tras la ilusión de las elecciones como elemento fundamental en busca de soluciones, vino la desilusión de la realidad profunda con la continuación de la guerra, de la violación de los derechos humanos, de la prepotencia de los escuadrones de la muerte, del desvalimiento del poder civil, del sometimiento a la política norteamericana...

El FDR-FMLN sostiene que tampoco estas elecciones traerán solución y que esto se comprobará fehacientemente en los próximos meses, cuando se vea cómo todo sigue igual o peor, cuando se verifique que no está en manos de los vencedores en las elecciones el determinar acciones nuevas que acerquen el conflicto a una solución.

El argumento principal para esa conclusión está en la comprobación de lo ocurrido con las elecciones de 1982. Nada sustancialmente nuevo ha ocurrido en las elecciones del 84, por consiguiente sus efectos serán parecidos a las de 1982. El que en las actuales elecciones se haya dado la elección directa del presidente y el que el triunfador de las mismas haya sido Duarte y no D'Aubuisson no supone ningún cambio importante que pueda incidir a corto plazo en la coyuntura salvadoreña. El FMLN se había adelantado a asegurar que de ningún modo apoyaba la candidatura del PDC, como si el triunfo de ella fuera a facilitar el proceso de negociación. El FDR-FMLN prefirió condenar el proceso electoral y despegarse de él antes que apoyarlo indirectamente mostrando preferencia por alguno de los partidos, incluso al haberlo considerado como mal menor. La tesis del FDR-FMLN sigue siendo que el verdadero amo está en Estados Unidos y derivadamente en la Fuerza Armada, por lo que las aparentes grandes diferencias entre el PDC y ARENA no son tales ni en el planteamiento militar, ni en el planteamiento económico, ni en el planteamiento político. Ni el PDC, ni ARENA,

ni el PCN son alternativa para el pueblo ni en sus programas ni en sus posibilidades reales de ejecución.

Los lineamientos generales de lo que se pretende que ocurra en El Salvador están ya trazados por Estados Unidos y están aprobados y apoyados por la Fuerza Armada. Quedan matices para los agentes políticos, pero estos matices no podrán cambiar aquellos lineamientos generales. El punto principal está en cambiar el curso de la guerra, de modo que se pueda entrar cuanto antes en la contención del FMLN y posteriormente en una rápida reducción de sus posibilidades bélicas. Para ello se emplearán todos los recursos disponibles, que se vean como necesarios o convenientes. El triunfador en las elecciones, a pesar de contar con más del cincuenta por ciento de los votos, no estará en condiciones para forzar otra política, no dispondrá del poder necesario para disentir en lo fundamental. Si la administración Reagan ha apoyado indirectamente e incluso directamente a Duarte, es porque sabe que Duarte será un buen aliado. Pero en caso de que no fuera obsecuente a los dictados de Washington, no habría mayor problema en refrenar sus disidencias. El FDR-FMLN está convencido de que los votos no dan poder en El Salvador y que Duarte apenas tiene otro poder que los votos y algunas simpatías no demasiado beligerantes en la UPD. No cuenta con la Fuerza Armada, no cuenta con la empresa privada, no cuenta con los medios de información, no cuenta con la asamblea legislativa. Consecuentemente sólo cuenta con el poder efectivo que le quiera trasladar la administración Reagan, la cual no le va a trasladar ninguno, si es que osara apartarse de su línea fundamental.

Esto es válido para la negociación y el diálogo, "la política de Duarte en alineamiento con la Administración norteamericana no es la de negociación y diálogo, aun cuando en privado diga lo contrario a sus visitantes extranjeros. Si llegara a ganar, será prisionero de las decisiones del alto mando y de la Embajada de Estados Unidos, como lo fue cuando estuvo a la cabeza de la Junta en 1981 y 82..." se dice en el pronunciamiento del FDR-FMLN ante las elecciones. No se desconoce que la inclinación al diálogo es mayor en el

PDC que en ARENA, pero se conocen muy bien los límites de esa inclinación. Duarte es incapaz de entrar a negociaciones que tengan que ver con una participación en el poder y, si lo fuera, se vería frenado tanto al interior como al exterior del país.

Para los demás capítulos de la política gubernamental el FDR-FMLN no es especialmente sensible o supone que no serán de gran importancia. Estaría el problema de los escuadrones de la muerte y, más en general, el de la violación de los derechos humanos, lo cual sí podría repercutir en una apertura política favorable para los intereses del FDR-FMLN. Sin embargo, la experiencia de 1980-1982 mostró cuáles son las posibilidades reales y la voluntad de Duarte para terminar con esos grupos y, más en general, con el amplio plan de la represión. Esa experiencia no promete nada esperanzador. Las circunstancias son hoy diversas pues la presión del Congreso norteamericano es más fuerte y efectiva que entonces, de modo que la Fuerza Armada por su dependencia de la ayuda militar ha cambiado un tanto de actitud. Pero este planteamiento muestra hasta qué punto, esto no es algo que se deje en manos de Duarte ni de ningún otro presidente. Tampoco Magaña ha podido hacer nada eficaz en esta materia. La fuerza sigue estando en las armas y Duarte no tiene las armas. Ni siquiera la Fuerza Armada tiene el suficiente poder militar para evitar el incesante avance del FMLN.

4. La inevitabilidad de la profundización de la guerra

El FDR-FMLN ante la maniobra política de las elecciones ofrece la maniobra política de la negociación. Esta alternativa la analizaremos en el párrafo siguiente. Pero mientras no se dé la negociación el FMLN pone toda su esperanza en la guerra. El FMLN sabe bien —y más después de los dos eventos electorales— que su arma principal es la guerra. Su planteamiento general ha sido repetido de distintas formas desde 1981: se continuará con la guerra hasta que se pueda llegar a una negociación satisfactoria. Los términos y la perentoriedad de la negociación dependerán de cómo vaya la guerra, pero ésta no se

Las elecciones no son válidas para expresar la voluntad del pueblo salvadoreño, pero son importantes para potenciar y justificar el proyecto de la administración Reagan para El Salvador.

prevé que vaya directamente a conseguir el triunfo estrictamente militar mediante una total destrucción del enemigo, sino tan sólo a forzar una negociación, que responda de manera suficiente, no maximalista, a las condiciones objetivas y subjetivas que dieron paso al conflicto.

Esta guerra no va dirigida a impedir las elecciones. Cuando distintos voceros del FDR-FMLN han dicho que la guerra proseguirá antes, en y después del día de las elecciones, no han hecho sino confirmar que hay una estrategia bélica y unos planes generales que han sido concebidos y que van dirigidos hacia avances en lo militar y no a impedir un acontecimiento de poca relevancia en el conjunto de la guerra y de la marcha general del país. Para el FMLN es de muchísima mayor importancia en sus planes bélicos el contrarrestar las nuevas tácticas de inteligencia que ha emprendido Estados Unidos sobre El Salvador por medio de los aviones que sobrevuelan el territorio nacional o por medio de la extensión del sistema de radar que cualquier otro acontecimiento político, incluidas las elecciones. Lo mismo debe decirse de la creciente armamentización de Honduras donde la presencia militar de los norteamericanos indica la existencia de preparativos inmediatos que puedan ser de mucha significación para el ulterior desarrollo de la guerra.

Esto no quiere decir que tales o cuales acciones militares del FMLN, lanzadas en los meses de marzo y abril, no estén relacionadas directa o indirectamente con el proceso electoral. La necesidad de la dispersión de la Fuerza Armada en apoyo del proceso electoral ofrecía campo propicio para determinadas acciones de enfrentamiento y/o emboscada. Pero el punto determinante ha seguido siendo durante estos meses las exigencias intrínsecas de la guerra y el desenvolvimiento de los planes anteriormente trazados. No puede hablarse ni de un acrecentamiento ni de una disminución sustantivas del accionar militar y más bien hay que hablar de coincidencias que de dependencias funcionales.

Así, a mediados de abril, la Fuerza Armada reconoció una emboscada en el departamento de San Vicente con resultado de 34 soldados muertos, un oficial, un cabo y dos motoristas. También hubo abundantes bajas en los días próximos a la primera ronda, en Tejutepeque y Tecoluca. Efectivamente, el mismo 25 de marzo el ataque a Tejutepeque a una guarnición de 160 soldados, causó no menos de 32 muertos y de 40

prisioneros. Era una acción bélica que se aprovechó del descuido electoral. En los departamentos de Usulután, San Miguel, Morazán, Cabañas, Chalatenango y San Vicente hubo fuertes y numerosos enfrentamientos. La Fuerza Armada reconoció haber tenido 58 muertos en el mes de marzo y 88 en el mes de abril, aunque otras fuentes multiplican estos números por cuatro. Todo ello hace que deba estimarse como normal el curso de la guerra. Ni se dieron ofensivas especiales en función de las elecciones, como algunos esperaban; ni se retrajo la actividad bélica para concentrarla en el sabotaje electoral. Las acciones y las omisiones fueron regidas por otros principios y otros intereses. Como se había asegurado de antemano, la guerra siguió su curso propio antes, en y después de las elecciones, lo cual constituye la mejor prueba de que las elecciones apenas tenían nada que ver con lo que es el principal problema del país en lo inmediato.

5. La alternativa de la negociación

El 31 de enero de 1984 el FDR-FMLN hizo una nueva "propuesta de integración y plataforma del gobierno provisional de amplia participación." Era la respuesta política al proceso electoral. Sus posibilidades de aceptación eran nulas, pero la nueva propuesta suponía que el FDR-FMLN no lo jugaba todo a la carta del triunfo militar, sino que tenía también su alternativa política. Como quinto y último objetivo básico del gobierno provisional de amplia participación se presentaba el "preparar y realizar elecciones generales." Así, el FDR-FMLN se mostraba contrario no a las elecciones en general, sino al tipo de elecciones que se estaba preparando en El Salvador. Las que se estaban preparando no eran generales y no permitían la expresión libre de la voluntad popular. Si de verdad se quería tener elecciones, habría que prepararlas haciéndolas realmente posibles. Frente a la farsa de las elecciones se proponía la postergación de las mismas para prepararlas adecuadamente.

Como ya hemos dicho, esta alternativa está ofrecida por el FDR-FMLN desde los primeros meses de 1981, aunque su contenido haya ido variando según la coyuntura política y militar. Los intentos de acercamiento durante el último año entre representantes del FDR-FMLN y el enviado especial de Reagan y entre aquellos y la comisión de paz del Pacto de Apaneca no llegaron a nada positivo. No hay voluntad de negociación en la Casa Blanca y, consecuentemente, tampoco en el



El FDR-FMLN no acaba de ver lo poco que llega su propaganda al pueblo salvadoreño y lo lejos que está este pueblo de las posiciones imaginadas y/o deformadas del movimiento guerrillero.

gobierno de El Salvador. Algunos intentos, mantenidos en secreto, de diálogo o de arreglos concretos sobre problemas particulares, entre el gobierno y la Fuerza Armada por un lado, y representantes del FDR-FMLN por otro, sea directamente o sea a través de intermediarios, no son significativos porque no se dan en el plano profundo de la negociación, aunque apunten a un reconocimiento de hecho y a una posibilidad, útiles para avances futuros.

Un proceso de negociación no es en sí mismo una alternativa excluyente de un proceso de elecciones, ni siquiera de este proceso de elecciones tenidas últimamente. Es decir, una vez, tenidas las elecciones no queda retirada la oferta de negociación, que es anterior e independiente de ellas. Queda, eso sí, transformada y, hasta cierto punto, dificultada. Es evidente tras el resultado de las elecciones que el presidente electo no va a aceptar el derogar la constitución política de 1983 ni va a aceptar la constitución de un gobierno provisional. No es tan claro, sin embargo, que el gobierno entrante haya de cerrar sus puertas a una futura amplia participación. Hay muy diversas formas de participación, incluso de participación en el poder. Unas pueden ser inaceptables y otras no tanto. Incluso sin participación en el poder, se pueden negociar algunos puntos fundamentales. La oferta de negociación que supuso a principios de este año una alternativa política a las elecciones y que demostró la volun-

tad de arreglo político por parte del FDR-FMLN, queda ahora abierta a futuras aproximaciones, dependientes del curso de la guerra, de la apertura norteamericana, de la voluntad política de la Fuerza Armada y de la capacidad de maniobra del nuevo presidente. En principio, Duarte está en mejores condiciones para hacer algo en esta línea de lo que estaba Magaña y, desde luego, en mejor disposición de la que hubiera estado D'Aubuisson en caso de un triunfo de ARENA.

6. El hostigamiento al proceso electoral

En 1982 la acción armada directa contra el proceso electoral ante los ojos de observadores y periodistas internacionales no sólo fue inútil, sino contraproducente. El FDR-FMLN decidió en consecuencia no interferir violentamente con la acción misma de emitir el voto; más aún recomendaba a los que se sintieran amenazados que fueran a que les sellasen la cédula. Ni siquiera pretendía capitalizar los votos nulos. Pero el FDR-FMLN necesitaba hacerse presente de alguna forma. En el momento en que la casi totalidad del espectro de la conciencia colectiva iba a estar ocupada por el proceso electoral y en el momento en que esa conciencia iba a estar más despierta para el mensaje político, era necesario que el FDR-FMLN se hiciera presente y mostrase que es un poder real al cual debe atenderse.

Esto se lograba, en primer lugar, mediante la

continuación de la guerra y el desarrollo de algunas acciones específicas en los días mismos de las elecciones. Por un lado, estaban las acciones exigidas por la lógica misma de la guerra; por otro, se planearon algunas acciones, cuyo objetivo fundamental no era asustar, sino hacerse presentes. Como tales deben entenderse, sobre todo, los ataques a la ciudad de San Miguel, más llamativos que efectivos.

Se lograba esto, en segundo lugar, con los sabotajes. El corte de la energía eléctrica es el mensaje de más amplia repercusión de los que están a disposición del FMLN. Millones de salvadoreños, por no decir toda la población siente la efectividad del FMLN, cuando palpa la facilidad con que puede cortar la energía eléctrica en los lugares que quiere y en las fechas que lo pretende. El FMLN no necesita para ello grandes dispendios de su potencial militar. A la Fuerza Armada le es imposible dar protección a las miles de torres eléctricas y esto facilita mucho el sabotaje. Este tipo de sabotaje no se da sólo en los días electorales, sino que es un arma de guerra tanto por su eficacia en el campo de la economía como por la dispersión a la que obliga al ejército enemigo. Pero el FMLN la usó con gran precisión tanto en la primera como en la segunda vuelta electoral. No era una medida capaz de interrumpir el proceso, no era tampoco una medida que causara daño a los votantes, pero sí era una medida desestabilizadora y sobre todo hacía presente al FMLN, para bien o para mal es otra cuestión, ante la conciencia política de la mayor parte del pueblo salvadoreño. El sabotaje contribuyó de hecho a entorpecer los comicios sobre todo en la primera ronda.

Se lograba también, aunque en menor grado, por acciones directas que impedían la votación. Esto hizo, sobre todo, mediante la retirada de cédulas, realizada especialmente en zonas que el FMLN considera bajo su control o como áreas en disputa. Así lo había anunciado en su pronunciamiento ante las elecciones: "en las áreas bajo control del FMLN y áreas en disputa la consigna a la población es 'no votar.'" Las áreas bajo control se extendían, según el mismo comunicado, a 70 municipios. Los radios de la guerrilla hablaron hasta de 91 municipios en los cuales se impidió la votación, sobre un total de 261, aunque por lo general son municipios menores y muchos de sus habitantes desplazados podían votar en las urnas departamentales o en las nacionales según los casos. Se calcula que pudieron retirar unos cuantos miles de cédulas a los pasajeros en la zona orien-

tal a quienes hacían bajar de los autobuses o a los habitantes de las áreas en disputa. Asimismo, algunas acciones militares impidieron que las urnas y las papeletas llegaran a su destino, con lo cual se aumentó el malestar de quienes pretendían votar.

En los dos días de elección la radio "Venceremos" advirtió que iba a minar las carreteras principales y secundarias por lo tanto pidió que no se transitase por ellas. Disimulaba esta acción hablando de operativos militares. De hecho, tal minado no se dio o se dio en forma irrelevante.

Finalmente, los radios rebeldes insistieron sobre lo negativo de las elecciones. Las acusaban de fraudulentas, de inútiles, de impuestas. Se hablaba insistente y encendidamente de farsa electoral. Hubo un esfuerzo por multiplicar las emisiones y de hacerlas más asequibles a través de la frecuencia modulada. Incluso el apagón que puso en dificultades a otras emisoras, permitió que se escuchara mejor y sin interferencias su propia emisión.

Todo este conjunto de acciones más que interferir el proceso electoral buscaba hacer presente al FMLN como fuerza real no presente en los comicios. De ahí que sea exagerado afirmar que el FMLN como un todo no cumplió lo que había prometido respecto de las elecciones o que hubiere gran divergencia entre lo anunciado por voceros del FDR y lo realizado por algunos de los grupos del FMLN. Hubo distintos modos de entender lo que se había pactado, pero ninguno de esos modos permite asegurar que la acción guerrillera desautorizara en lo fundamental la palabra diplomática o política.

7. Posibles consecuencias de la posición del FDR-FMLN ante las elecciones

Es un tanto prematuro intentar una ponderación adecuada de la justeza o de la desviación de planteamiento del FDR-FMLN ante las elecciones. Se trata de una jugada ideada por sus adversarios en términos tales que no es nada fácil contrarrestarla, al menos en lo que tiene de imagen. El hecho bruto es que el 25 de marzo hubo 1.266.276 votos válidos, lo cual es por todos los conceptos una cantidad muy respetable, aunque inferior a la que las fuentes oficiales —con evidente exageración— dieron para las elecciones de 1982 en 96.063 votos. Si aceptamos que en 1982 hubo inflación de votos tendríamos, al contrario, un sensible aumento de votantes en 1984, tanto



“...quien quiera analizar las elecciones en nuestro proceso, que saque las conclusiones dentro de unos meses y no el 25 de marzo en la noche,” Joaquín Villalobos.

en la primera vuelta como, sobre todo, en la segunda, donde el número de votos válidos fue de 1.404.366 y el número total de los emitidos, 1.524.079, lo cual puede llegar a constituir el 60.9 por ciento de todos los votos posibles.

Ahora bien, si en 1984 hubo más votos que en 1982 y en la segunda vuelta más que en la primera, hay que concluir que la incidencia de la propaganda y de las acciones del FMLN fueron nulas o, peor aún, contraproducentes. Ya en la primera vuelta se decía que el Consejo Central de Elecciones con la deficiente preparación de los comicios había contribuido a la abstención más que el FMLN con todas sus acciones. Esto se demostró ser cierto por el aumento de votos de la segunda vuelta, una vez corregidas las deficiencias.

Analizando más de cerca los resultados electorales nos encontramos que todos los votos de ARENA pueden considerarse como contrarios, sólidos y activos contra el FMLN. Tendríamos así no menos de 651.741 votantes directos contra el FMLN, pues, si lo son contra el PDC, con mayor razón contra el FDR-FMLN. Hay todavía otro dato significativo: en los departamentos donde ésta más fuerte la guerrilla, en todos ellos

ganó ARENA al PDC. En San Miguel, Usulután, La Unión, La Paz, Chalatenango, Cuscatlán, Morazán, San Vicente y Cabañas, ARENA ganó al PDC. El único departamento en que esto se repite, sin que sea departamento bajo control del FMLN o en disputa, es el de Ahuachapán. Por el contrario, los departamentos donde la guerrilla es relativamente menos fuerte son todos departamentos en favor del PDC (San Salvador, La Libertad, Santa Ana y Sonsonate). No es quizá ésta la diferencia fundamental entre unos u otros departamentos, por lo que una lectura simplificada podría llevar a graves errores de interpretación. Pero es un hecho que debe tenerse en cuenta.

La cantidad masiva de votantes, el poco número de abstenciones y nulos que podrían leerse como votos favorables al FDR-FMLN (113.599), la cantidad importante de votos contrarios al FMLN, y la cantidad de votos simpatizantes con el PDC (752.625), así como la distribución de votos por departamentos hace sospechar que una gran parte de la población no está en la actualidad muy concientizada en favor del FDR-FMLN. Evidentemente no todos pueden leerse como contrarios al FDR-FMLN, ni siquiera,

pueden leerse como favorecedores absolutamente convencidos de partidos que no son el FDR-FMLN. Pero rechazar la evidencia de tan importante votación, atribuyéndola al terror o simplemente al miedo a las consecuencias de no votar, sería un simplismo. Había la posibilidad de anular el voto o de abstenerse sin mayor riesgo. La consecuencia que debe sacarse es otra: el FDR-FMLN no llega con su mensaje ni con sus acciones a una gran parte de la población salvadoreña, que por múltiples razones, unas más profundas y permanentes y otras más superficiales y tornadizas, no sintoniza con el mensaje revolucionario, tal como le llega deformado por los medios de comunicación pro-gubernamentales y a veces por los débiles y distorsionados medios de comunicación guerrilleros.

Ni siquiera fue argumento para una gran parte de la población la poca efectividad de las elecciones de 1982. El FDR-FMLN puede tener razón al quitar importancia a las elecciones, pero esta menor importancia y transcendencia es, a su vez, un argumento para ir a votar. Con las elecciones, piensa la gente, se pierde poco, se arriesga poco y, tal vez, se consigue algo con relativo poco trabajo. Parecería, entonces, que en el FDR y el FMLN hubiera una visión distorsionada de lo que está ocurriendo en el sentir de una parte ma-

yoritaria de la población. Esta mayor parte está dispuesta a participar en la vida política, siempre que no se le exijan riesgos mayores y siempre que no se le presenten alternativas extremas, como mayoritariamente se percibe ser la posición del FMLN. El hecho de que una gran parte de los encuestados no considere la solución militar como la más eficaz para resolver los problemas de El Salvador es en sí mismo muy significativo. Tampoco confían mucho en las elecciones, pero las elecciones son menos costosas y traumáticas que la guerra. En cambio, la preferencia significativa por procesos de diálogo y negociación indican una veta nueva que debe ser beneficiada.

Todo ello lleva a concluir que el FDR-FMLN perdió imagen con las elecciones tanto en el exterior como en el interior del país. Sus métodos habituales muestran a la población su fuerza, pero no su razón. El FDR-FMLN sigue pensando que de momento la estrategia principal pasa por la guerra. Sus mejores recursos de toda índole se orientan hacia la guerra. De ahí que en la arena militar les vaya mejor que en la arena política. Pero las ventajas que le proporciona su poderío militar se convierten a veces en desventajas para la lucha política o simplemente para su presencia entre las mayorías populares. Las mayorías populares, por su propia definición, no pueden



Ni el PDC ni ARENA ni el PCN son alternativa para el pueblo ni en sus programas ni en sus posibilidades reales de ejecución.

confundirse con minorías altamente concientizadas, por más que éstas sean de extracción popular. El FMLN vive una realidad en las zonas donde lucha y con los sectores de población con los que trabaja. Esa realidad y esos sectores no son toda la realidad nacional y todos los sectores populares; son, al contrario, una realidad limitada y deformada y unos sectores poco representativos en lo que tienen de conciencia revolucionaria. Absorto en el problema de la guerra y en el problema de constituirse en "el" partido político, el FMLN descuida problemas fundamentales, que brotan de la realidad objetiva y que responden a lo que el FMLN mismo suele llamar "las necesidades más sentidas de nuestro pueblo." Los relativos triunfos conseguidos por la vía de la protesta laboral durante estos últimos meses tanto en el caso de ANDES como en el de otros trabajadores públicos pueden servir de lección para abrir otros caminos que no sean los de la guerra o los de la contraposición radical intransigente.

Las elecciones, efectivamente, sólo mostrarán lo que son en los meses siguientes. Pero ya han mostrado algo. Y lo que han mostrado no favorece mucho la implantación popular del FDR-FMLN. Esa implantación que fue muy grande, que potencialmente es grande, actualmente no lo es y puede ir perdiendo aun en lo que tiene de potencial. Pasar de largo sobre las lecciones del proceso electoral o desviar la atención de todos los avisos que este proceso ha enviado explicando lo ocurrido con fáciles interpreta-

ciones desvalorizadoras, sería un error histórico de difícil corrección. El FDR-FMLN siguió adelante tras las elecciones de 1982; el FDR-FMLN seguirá adelante tras las elecciones de 1984. Pero la falta en la asimilación de aquéllas no debería repetirse en la falta de asimilación de éstas. La situación va cambiando paulatina pero seriamente. No sólo cambian las tácticas de guerra; cambian también las tácticas políticas y con ellas el estado subjetivo de la conciencia nacional. Y esto, aunque se piense otra cosa, es importante.

Podrá ser cierto que las elecciones son un arma más para la guerra en la estrategia norteamericana; podrá ser cierto que Duarte es el candidato por el que trabajó la administración Reagan por ser quien mejor se pliega a la totalidad del proyecto norteamericano; podrá ser cierto que el nuevo gobierno se verá entrampado en los mismos problemas que el anterior. Estos y otros argumentos que impiden con razón hacerse ilusiones sobre los resultados efectivos de los comicios, no son válidos a la hora de dictaminar cuál es el sentir mayoritario del pueblo, ni cuáles son las posibilidades remotas, pero reales de la nueva administración salvadoreña. Ya se puede medir lo que da de sí la concentración en lo militar, tanto en el campo de la victoria militar como en el campo de la aceptación popular, y sobre todo en el acercamiento de un proceso de negociación. Esto obliga a replantear quizá no la estrategia fundamental del FDR-FMLN, pero sí algunos de sus supuestos tácticos principales.